

EL
ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEBLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*A la purísima Virgen Maria*, (soneto), por doña Antonia Díaz de Lamarque.—*Sueño*, (conclusion), por doña Blanca Rosa Rodon.—*A la purísima Concepcion*, (poesia), por doña Patrocinio de Biedma de Quadros.—*Pedro y Camila*, (continuacion), por Alfredo de Musset.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Explicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.

Con este número se reparte un figurin y el pliego trece del tomo sexto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS Á LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE TERCERA.

MADRE.

(Continuacion).

VI.

LA SRA. CATÁLINA A MELIDA.

Urrea de Jalon, junio de 18...

Me ha parecido por tu última carta, y á tu padre tambien, que estás triste, querida hija: y como se me pasan pocas cosas, pienso que Juan no se porta contigo como debe y yo quiero que lo haga: dime la verdad, porque ya sabes que yo soy muy justa, y le diré cuantas son cinco sin recelo ninguno, que para eso soy su madre, y he pasado la *pena negra* para criarlo como Dios manda.

La semana pasada, cuando estuve, ya sabes que no me recibió como era su deber, y como yo quiero ser recibida: cualquiera, al ver la cara que puso y la manera con que me hablaba, hubiera dicho que le incomodaba el que viniese: yo! su madre incomodarle! ah! nunca lo hubiera esperado, y, al pensar en ello, se rompe mi corazon!

Pero, hija mia, yo no te escribo para entris-

tecerte, sino para consolarte: dime si te va mal al lado de mi hijo, lo que seria para mí un tragofatal: porque toda mi vanidad estaba fundada en que fuese para tí el mejor de los maridos, y hubiera deseado que la gananciosa en este casamiento fueras tú, por lo mismo que todo el lugar me estaba quebrando la cabeza con el afortunado casamiento que Juan hacia con la hija de una condesa.

Ahora, cuando he estado en tu casa la última vez, me ha chocado mucho el tono duro y seco con que te habla, cuando tú le hablas á él con tanta amabilidad: le reprendí largamente por esto, y le ví hacer un gesto como de cansancio y enojo: gestos á mí! aquí hay alguna cosa que á él le ha cambiado, que le ha vuelto la cabeza, y quiero yo saber qué es: dímelo tú, hija mia, y, sobre todo, dime si estás triste y si padeces, en cuyo caso te vendrás aquí á mi lado con los niños, por uno ó dos meses: á tí te gusta el campo y ahora parece que Dios le ha echado su santa bendicion.

Ya sé que, si deseas salir de la ciudad por algun tiempo, tambien tu hermana la condesa está en una hermosa casa de campo y se tendrá por dichosa en que vayas á su lado: porque todos te adoramos, Mélida, y no hay nadie que no se crea feliz si tu estás con él.

Aquí, aparte de la pena que nos causa el cambio de mi hijo y tu tristeza, lo pasamos bien: todos en casa estamos alegres, bendite sea

Dios! tu padre está tan viejo y grueso que ya no trabaja: en cambio, Santiago es un labrador como pocos, con unos brios y un interés por la hacienda que nadie le gana á cuidarla y á hacerla prosperar.

María ha salido lo que se llama una buena muchacha: los dos niños son nuestra alegría: su madre los cria como tú, pero con algo menos de blandura, pues les quiebra la voluntad, y á veces les da algun azote, aunque poniendo la mano hueca para hacer ruido, y no hacer daño: ella los educa como yo á los míos, es decir, á estilo de lugar: yo me quedaba tonta, la verdad, al ver como manejas tu á los tuyos con la sonrisa en los labios y la miel en la boca; y aun así te respetan mas que los de casa á su madre y á mí, que les doy cuatro gritos, cuando me incomodan.

Tu hija mayor me decia el dia antes de vernirme:

—Abuelita, primero me quisiera morir que poner triste á mamá: y por verla contenta soy capaz de estarme trabajando y sin comer ocho dias: así es que hago todo lo que puedo para complacerla.

—Y por temor á que te castigue: eso es muy justo, dije yo.

Tu hija sacudió su cabecita rubia y repuso:

—No! mamá no me castiga nunca!

—Porque no serás mala.

—¿Quién puede ser mala con mi madre? al verla, se me figura ver á la Virgen de los Dolores que hay en la catedral! verdad, abuelita, que es tan hermosa como la Señora?

—Sí, hija mia.

—Y luego, es tan buena! los criados de casa dicen que ofenderla es un pecado mortal y que la servirían aunque fuera de balde, pero, abuelita, por qué está siempre tan triste? algunas veces nos lleva á paseo y sentada al lado de un arroyito, la veo yo llorar!

—Llorar?

—Sí! y entonces se me quita la gana de jugar, y voy á su lado, y la miro sin decirle nada: cuando vé que estoy allí, se sonríe y me dice:

—Vé con tus hermanos, hija mia: esto no es nada: anda, no pases pena por mí: en la vida se llora mas que se rie.

Ya lo ves, Melida: tu hija misma te descubre: no me calles el motivo de tus penas: mira que estas, después de dejarlas en un corazon que te quiere como el mio, perderán la mitad de su amargura.

Tiene Juan devaneos? te olvida por otra mujer? juega? se le ha vuelto áspero y malo el génio? dímelos todo: nadie lo sabrá mas que tú y yo: pero á lo menos sepa yo lo que te sucede y tranquiliza á la que te quiere, es tu madre de corazon y verte desea,

CATALINA.

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

A LA PURÍSIMA VIRGEN MARÍA.

Hoy que la cristiandad, Madre clemente,
Tu Concepción bendice inmaculada,
Vuélvese á tí de júbilo estasiada
El alma fervorosa del creyente:

Hoy de esplendor mas puro y refulgente
Álzase la inocencia coronada,
Y humíllase, de nuevo quebrantada,
Del rebelde querub la altiva frente.

Los justos desde el alto firmamento
Entonan los dulcísimos cantares
Con que anunciaron tu pureza un dia:

Y en eco universal rápido el viento
Repite por la tierra y por los mares:
Concebida sin mancha fué María.

Antonia Díaz de Lamarque.

SUEÑO.

(Conclusion).

—El último y el mas apasionado! exclamó, subiendo con espantosa calma la fúnebre gradería y colocándose junto á Teodoro. Entonces, desunió los brazos del cadáver, los entrelazó con los suyos, é inclinandose sobre aquel cuerpo exánime, depositó en su boca un ósculo de amor delirante; pero al mismo tiempo arrojó un grito ahogado la pobre jóven y quedó sin sentidos. El choque habia sido terrible, y Laura muy imprudente al provocarlo. Los brazos de Teodoro retuvieron á la jóven, como si aun después de muerto quisiera protegerla; mas al caer Laura tocó un hachon y se prendió el vestido; ligeras llamas fueron cubriendo sus pies... el peligro era eminente! Mas, en aquel momento

se presentó una mujer en la puerta principal. Era Agueda. La madre de Laura había muerto y la pobre sirvienta venia en busca de amparo al lado de su querida señorita. Al comprender lo que sucedía, desgarró una cortina y se precipitó sobre la joven exclamando:

—Gracias, Dios mío, por haberme dejado llegar á tiempo!

Y habiendo sofocado el fuego, tomó á Laura en brazos, cual si fuera una niña, y se marchó con ella.

Un año despues de estos sucesos, y á la caída de un bello día del florido mayo, dos enlutadas y una niña entraban en el cementerio de Sevilla. Detuviéronse junto á una sencilla tumba en cuya lápida se leía el nombre de «Teodoro,» y depositando en ella una corona de siemprevivas, se prosternaron murmurando una ferviente oración. Largo rato permanecieron en esa posición; por último, la de mas edad se puso en pié.

—Señorita, dijo: no os parece ya que es hora de retirarnos?

—Sí, mi fiel Agueda, contestó Laura. Vámonos á nuestro ignorado y tranquilo albergue. ¡Oh! Si yo hubiera conocido antes el mundo como ahora...! Bien me decías tú, mi buena Agueda, que solo en el hogar doméstico se halla nuestra dicha; yo la buscaba en el mundo y... mira le que he hallado. Un cadáver, que será mi eterno remordimiento! Y la pobre joven dejó correr libremente las lágrimas que ahogaban su voz.

—Ya hace mas de un año que perdisteis á vuestro esposo, señorita, y debéis dar treguas á ese dolor continuo; pensad que os queda una hija en el mundo, y que teneis que cumplir aun la difícil misión de madre.

—Como siempre, tienes razón Agueda mía; viviré para educar á mi Teodora; pero como se debe educar á la mujer; esto es, para que sea el ángel tutelar del hombre á quien se una y no el ángel destructor de sus ilusiones, de su dicha y de su vida, como he sido yo.

Y lanzando una mirada al lugar donde yacían los restos de Teodoro, las dos mujeres y la niña salieron del cementerio. Yo, que me interesaba por Laura, quise seguirlas, pero no me fué posible, porque... desperté.

Lo que llevo narrado no era mas que un «Sueño,» en el que mi ardiente imaginación me representó los tristes resultados que toca la mujer frívola, la que olvida sus deberes y no vive

sino para el mundo y vanos placeres. No olvidéis jamás, jóvenes amigas, que vosotras sois las artífices del bello edificio de vuestra felicidad. Cuando quereis hacer una obra de gusto, empleais los mejores materiales y útiles para el objeto; además, poneis toda vuestra voluntad y entendimiento, á fin de obtener un brillante resultado. Y creéis que pueda existir obra de mas valor que la felicidad del hombre que se entrega en vuestros brazos y la de la familia que depende de vosotras? No imiteis al gusano que labra su tumba; no enturbieis las puras aguas de la fuente de vuestra dicha; no aspireis á los odiosos títulos de mujer de moda. Ceñid vuestras castas frentes con la gloriosa corona de buena esposa y buena madre y el cumplimiento de vuestros deberes os dará la verdadera, la única felicidad que existe en este valle de lágrimas.

Habana, mayo, de 1865.

Blanca Rosa Rodon.

Á LA PURÍSIMA CONCEPCION.

Virgen madre de Dios, y madre mía,
Palmera de Sion! Reina del cielo!
Consuelo que mitiga la agonía
Del corazón que sufre en este suelo:
Acoge el canto que mi amor te envía,
Que el corazón á tí tiende su vuelo
Buscando entre tus puros resplandores
Un consuelo que caline sus dolores.

Tu me has visto, paloma inmaculada,
Vacilar á lo intenso de mi pena,
Y loca de dolor, desesperada
Romperse el alma de amargura llena:
Yo ví desaparecer, virgen sagrada,
La ilusión de mi vida mas serena,
Yo ví hundirse en la nada mi esperanza
Cual la luz que se pierde en lontananza.

Hoy que mi corazón hecho pedazos
Vertiendo sangre, palpitando no siento;
Hoy que oprime el dolor con férreos lazos
Las alas de mi ardiente pensamiento;
Tiendo al pasado mis cansados brazos
Y su recuerdo acrece mi tormento,
Pues cual vago fantasma dolorido
Viéneme á recordar el bien perdido.

Nada calma mi angustia y agonía,
Ni un reflejo siquiera de esperanza,
Siempre á mi lado oscuridad sombría,
Nunca una aurora de feliz bonanza;
Mi pensamiento á tí, vírgen María,
Pidiéndote consuelos hoy se lanza,
A tí me acojo en mi dolor profundo
Oh! Santa madre del Señor del mundo!

Tu viste que en mis hijos yo soñaba
Un mundo de ilusion y de delirios,
Que mi vida con ellos resbalaba
Como el arroyo entre nevados lirios:
Yo ví morir los ángeles que amaba
Y mis glorias trocáronse en martirios,
Y el recuerdo candente me ha quedado
De mi dicha que yace en el pasado.

Desperté de mi sueño de ventura
Para llorar el bien que ví perdido,
El alma agonizando de amargura
Deshecho el corazon en su latido:
Hoy me acojo á tu amparo, Vírgen pura,
Si dicha no me das, dáme el olvido,
Pues esta imágen que mi mente evoca
Me rompe el corazon! me vuelve local!

Díme, Vírgen sagrada, que á tu lado
Hoy tienes á los hijos de mi alma;
Que tu coro celeste han completado
Y han alcanzado la inmarchita palma;
Si esto dices, mi pecho desgarrado
Recobrará á tu voz su triste calma,
Pues creeré ver mis hijos adorados
En tu seno amoroso reclinados.

Mas ya un eco celeste en el vacío
Se escucha prodigándome consuelo
Y seca cuidadosa el llanto mío,
La pura y santa Emperatriz del cielo:
—«Sufre (dice una voz) que yo te fio
»Se calmará tu horrible desconuelo,
»Yo ví tambien morir á mi hijo amado
»Y era el Señor de todo lo criado.

»Yo apuré en lo infinito el sufrimiento,
»Mi corazon las penas desgarraron,
»Y límites no tuvo mi tormento
»Cuando á Jesus en una cruz clavaron:
»Calma, madre infeliz, tu sentimiento,
»Tus hijos á mi lado se elevaron:
»En tus brazos durmiéronse en el suelo
»Y ángeles despertaron en el cielo!»

Gracias, madre de Dios, y madre mia,
Paloma virginal! Reina del cielo,
Ya se calma á tu voz mi pena impía

Y el corazon descansa de su duelo:
¡Llévalos á tu lado, madre mia!
¡Ámalos tú con maternal anhelo!
¡Pues con los ojos en tu imágen fijos,
Te pido amor para mis tiernos hijos!

Patrocinio de Biedma de Quadros.



PEDRO Y CAMILA,

POR ALFREDO DE MUSSET.

(Continuación.)

Mme. de Arcis le comprendió: siempre tranquila, en la apariencia, su corazon palpitaba de júbilo y de felicidad: aquellas horas fueron las mas dichosas de su vida, y hubo un instante en que cambió con su marido una sonrisa que valia muchas lágrimas.

Una jóven se puso al piano, y tocó una contradanza. Los niños se asieron de las manos, y se pusieron en su sitio, ejercitando los pasos que el maestro de baile del lugar les habia enseñado. Los parientes comenzaron á cumplimentarse recíprocamente, á encontrar encantadora esta pequeña fiesta, y á hacer notar los unos á los otros la gentileza de sus hijos.

El caballero no separaba los ojos de su hija, la cual, como se supone, no estaba en la contradanza. Camila miraba la fiesta con una atencion melancólica: un niño vino á invitarla: ella sacudió la cabeza por toda respuesta.

Mme. de Arcis recompensó con un beso la atencion del pequeño caballero, y á continuación buscó á su marido; pero en vano: no se hallaba ya en la sala. Hizo preguntar si se habia marchado y si habia tomado el carruaje, y le contestaron que habia vuelto á su casa á pie.

V.

Mr. de Arcis habia resuelto partir sin decir adios á su mujer: temia y huia toda explicacion penosa, y como por otra parte su designio era volver dentro de poco tiempo, creyó obrar con mas acierto dejando solo una carta; no era verdad que sus negocios le llamasen á Holanda, pero, sin embargo, su viaje podia serle ventajoso: no bien llegó á su casa, hizo arreglar su equipage y le envió á la ciudad, montó á caballo y partió.

Una incertidumbre cruel y un grande arrepentimiento se apoderaron, sin embargo, de él, luego que pasó el umbral de su puerta: temía haber obedecido demasiado pronto á una idea que podia hacer verter á su mujer lágrimas amargas, y no hallar él en otra parte el reposo que robaba á Cecilia.

—Pero quién sabe, se decia, si hago, por el contrario, una cosa útil y razonable? quién sabe si la tristeza pasajera que podrá causar mi ausencia nos volverá dias mas dichosos? yo estoy herido de una desgracia, en la que Dios solo puede poner remedio! me alejo por algunos dias del sitio donde sufro: la mudanza, el viaje, la fatiga misma calmarán quizá mi espíritu: voy á ocuparme de cosas materiales, importantes, necesarias: volveré con el corazon mas tranquilo, mas contento, habré reflexionado, y sabré mejor lo que debo hacer.

Mme. de Arcis salió del baile con su hija: eran las once, y Camila se durmió en breve sobre las rodillas de su madre, que aunque ignoraba que el caballero hubiera ejecutado tan pronto su proyecto de viaje, no sufría menos por haberse quedado sola en la fiesta: lo que no es á los ojos del mundo mas que una falta de atencion, se convierte en un cruel dolor, para el que supone el motivo de ella. Mr. de Arcis no habia podido soportar el espectáculo público de su desgracia: su esposa habia querido mostrar esta desgracia para vencer la antipatia que inspiraba: hubiera perdonado á su marido la tristeza ó el mal humor: pero dejarla sola con Camila en medio de una sociedad curiosa y mordaz, era una cosa cruel y de la que debia hablarse durante largo tiempo.

En tanto que el carruage se arrastraba lentamente sobre los guijarros del camino, Mme. de Arcis, mirando á su hija dormida, se entregaba á los mas tristes presentimientos. Sostenia á Camila de manera que los vaivenes no la pudiesen despertar, y meditaba con esa fuerza que la noche transmite al pensamiento, en la fatalidad que venia á amargar hasta la alegría que habia experimentado en el baile: una extraña disposicion de espíritu la hacia transportarse al porvenir de su hija.

—Qué va á ser de nosotras? se decia: Mi marido va á partir para siempre! todos mis esfuerzos, todos mis ruegos para disuadirle, solo servirán para importunarle: su amor está muerto: me tiene lástima, pero sufre, y quiere buscar la tranquilidad lejos de mí. ¿Qué haré, Dios mío! Si yo

me adhiero á esta pobre niña como debo, como lo hago, es casi renunciar á mi marido. Huye de ella: le causa horror! si yo intento acercarme á él: si me atreviese á despertar su antiguo amor, me exigiria quizá que me separase de mi hija! podria ser que él quisiera confiar á Camila á manos extrañas, y librarse asi de un espectáculo que le aflige!

Hablándose á sí, Mme. de Arcis abrazaba á Camila.

—Pobre niña, continuó: yo abandonarte! yo, comprar al precio de tu reposo, de tu vida quizá, la apariencia de una dicha que se aleja de mí! Cesar de ser madre para ser esposa! quiero mejor morir que pensarlo!

A alguna distancia de Chardonneux habia un ancho arroyo: las lluvias le habian acrecido durante los últimos dias y sus aguas, que se desbordaron mientras Mme. de Arcis se hallaba en el baile, cubrian los prados de las inmediaciones. El barquero rehusó desde luego meter el carruage en su barca y dijo que era preciso desenganchar y que él se encargaba de atravesar el agua con las gentes y el caballo, pero no con el carruage. Mme. de Arcis deseaba volver á ver á su marido: no quiso bajar y dijo al cochero que entrase en la barca: era un trayecto de algunos minutos que ella habia hecho cien veces.

En medio del vado, el batel comenzó á desviarse empujado por la corriente. Habia á dos ó trescientos pasos mas abajo un molino con una esclusa, hecha de vigas y tablas, pero ya gastadas por el agua, y convertidas en una especie de cascada, ó mejor dicho, de precipicio: era evidente que si se dejaban arrastrar hasta allí se esponian á un accidente terrible.

El cochero habia bajado de su asiento, deseando servir de ayuda: pero cómo? no habia mas que un remo en el barco: el barquero por su lado hacia desesperados esfuerzos, mas la noche estaba oscura; una lluvia menuda y fina cegaba á estos dos hombres, que se reemplazaban para cortar el agua y ganar la rivera.

A medida que el ruido de la esclusa se aproximaba, el peligro se volvía mas espantoso: el batel, cargado pesadamente, iba de costado y se volvió sobre sí mismo: Mme. de Arcis, que se habia quedado en el carruage con la niña, abrió el cristal con un terror espantoso.

—Estamos perdidos! exclamó:

En este momento el remo se rompió y los dos

hombres cayeron en el barco, agotadas sus fuerzas.

El barquero sabia nadar, pero el cochero no, y no era posible perder tiempo.

—Señor Georgeot, dijo Mme. de Arcis al barquero, nos podeis salvar á mi hija y á mi?

El tio Georgeot echó una mirada sobre el agua, y despues sobre la rívera.

—Ciertamente, respondió alzando las espaldas con un aire casi ofendido.

—Qué debo hacer? preguntó Mme. de Arcis.

—Vos ponerós sobre mis espaldas, replicó el barquero: vuestro vestido os sostendrá: agarraos á mi cuello con los dos brazos, y no tengais miedo ni os canseis, porque nos anegariamos: no griteis porque esto os ahogaria. En cuanto á la niña, yo la tomaré con una mano por la cintura, remaré con la otra á lo marinero, y la pasaré en el aire sin mojarla: no hay veinte y cinco brazas de aqui á la orilla.

—Y Juan? dijo Mme. de Arcis, designando al cochero.

—Juan tragará un poco de agua y nada mas: que vaya á la esclusa y que espere que yo le encontraré.

Georgeot se lanzó al agua cargado de su doble fardo, pero habia confiado demasiado en sus tuerzas: era, si bien de gran vigor, ya anciano. La rívera estaba mas lejos de lo que decia y la corriente era mas fuerte de lo que pensaba: hizo, sin embargo, todo lo que pudo por llegar á tierra, pero fué bien pronto arrastrado por la corriente: el tronco de un sauce cubierto por el agua, y que él no podia ver en las tinieblas, le detuvo de repente: hirióse con violencia en la frente; brotó la sangre y su vista se oscureció.

—Tomad vuestra hija, señora, y ponedla sobre mi cuello tambien, exclamó: pronto! yo no puedo mas!

—Podriais salvarla, si no llevaseis mas que á ella? preguntó la madre.

—No lo sé, pero creo que si, dijo el barquero.

Mme. de Arcis, por toda respuesta, abrió los brazos, dejando libre el cuello del barquero, y se dejó caer al fondo del agua murmurando el nombre de Dios!

Cuando el barquero hubo depositado en tierra á Camila, sana y salva, el cochero que habia sido sacado del rio por un aldeano, le ayudó á buscar el cuerpo de la heróica madre.

No se le encontró hasta la mañana siguiente junto á la orilla. Cecilia estaba mas hermosa que nunca, y en su rostro brillaba la sonrisa de los mártires!

VI.

Un año despues de este suceso, en una habitacion de un hotel amueblado, situado en la calle Bouboi, de París, en el cuartel de las diligencias, una jóven de luto estaba sentada al lado de una mesa, y frente á un buen fuego.

Sobre esta mesa habia una botella de vino ordinario, á mitad de beber, y un vaso. Un hombre encorbado por la edad, pero de una fisonomia noble y franca, vestido como un obrero, se paseaba á grandes pasos por la habitacion: de tiempo en tiempo se aproximaba á la jóven, se detenía delante de ella y la miraba con un aire paternal. La jóven entonces estendia el brazo, tomaba la botella con un apresuramiento mezclado de cierta repugnancia involuntaria, y llenaba el vaso. El viejo bebia un trago, y despues volvía á pasearse, gesticulando de un modo singular y casi ridículo, mientras la jóven sonreía con un aire triste siguiendo sus movimientos con atencion.

Difficil le hubiera sido al que se hubiera hallado allí adivinar quienes eran estas dos personas: la una ininóvil, silenciosa, pero llena de gracia y distincion: ostentaba en sus facciones y en sus menores gestos algo mas que lo que ordinariamente se llama la belleza: la otra, de una apariencia del todo vulgar, los vestidos en desórden, el sombrero puesto, bebiendo del grosero vino de la taberna, y haciendo resonar sobre el suelo de madera los clavos de sus zapatos, formaban un extraño contraste.

Estas dos personas estaban con todo ligadas por una afeccion muy viva y muy tierna. Eran Camila y el tio Giraud. El digno hombre habia venido á Chardonneux cuando Mme. de Arcis habia sido transportada á su última morada. Muerta su madre y su padre ausente, la pobre niña se encontraba entonces absolutamente sola en este mundo. El caballero habiendo dejado una vez su casa distraido por su viaje, llamado por sus negocios, y obligado á recorrer muchas villas de Holanda, no habia sabido, sino despues de algunos meses, la muerte de su mujer: durante todo este tiempo, Camila estuvo, por decirlo asi, huérfana: habia en la casa un ama de llaves que se habia encargado de velar por la jóven: pero Cecilia era la que cuidaba á su hija, y el ama de gobierno conocía apenas á Camila, no pudiendo darle ningun consuelo en aquellas circunstancias.

(Traduccion).

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

REVISTA DE LA SEMANA.

Luz.—Dos poetas.—Ventura de la Vega.—Un recuerdo á su nombre.—La vuelta de los medrosos.—Aventura cómica.—Estadística criminal.—Teatro del Camelo.—El señor Caballero.

Por fin el sol asomó las narices, y ganas me dieron de estirárselas en castigo de sus ausencias; pero me puse á considerar que mi mano no alcanzaba tanto, y esta fué una consideracion muy elevada).

La semana anterior fué toda de un poeta; Luis Eguilaz. La que espiró estaba destinada para otro, Ventura de la Vega.

Solamente que mientras Eguilaz saludaba al público, Vega se despedía del público para siempre.

El autor del *Hombre de mundo* ha muerto, dejando en la tierra un gran vacío. ¿Quién lo ocupará? Se ignora. Lo que se sabe de cierto es que la vacante de Vega en el mundo ha ocasionado grande dolor y sentimiento grande.

Sea la tierra ligera al malogrado poeta.

Hablemos del público.

Ese respetable público que tanto dice y que tan poco hace, ese público que en literatura no ocupa ningun lugar sino el que se paga, ese público que cuando reina la paz sobre la tierra blasona de valiente y emprendedor y cuando llega el momento del peligro huye como un condenado con la música á otra parte, ese público que desapareció de la escena así que apareció aquella famosa enfermedad reinante, ha vuelto á sus lares despues que ha oido los ecos del *Te-Deum*.

¡Bienvenidos seais los cobardes y los afligidos! Llegad sin temor, que ya se pasó aquello!

Los amantes, que se habian alejado de sus *idolos*, vuelven á Madrid aperecidos á nuevo combate, pero á alguno puede sucederle lo que á cierto amigo mio, que, al llegar á la casa de su amada, despues de dos meses de ausencia, se ha encontrado con que «la señora no recibia por que habia salido con su esposo.»

Mi amigo no ha podido quejarse, porque de fijo le hubieran contestado: «Preferiste tu vida á mi amor, luego no me querrias mucho.»

Se anuncia la publicacion de un libro escrito por D. Melchor Palau, en lindos versos. Es una coleccion de tiernos cantares, que espresan toda la poesia que puede encerrarse en el alma de un

poeta. Yo deseo muy de veras que ese libro vea la luz pública, para que mis lectores pasen un buen rato leyéndolo.

De algun tiempo á esta parte se repiten los suicidios con tal frecuencia, que no se sabe qué admirar mas en Madrid, si la franqueza de costumbres de este pueblo *sui generis*, ó la abundancia de desgracias que sobre nosotros pesa.

Hojead los periódicos y no vereis mas que noticias por este estilo, cortadas por la misma tijera, es decir, por la mia.

—Anteayer fué estraído del estanque del Retiro el cadáver, casi en estado de descomposicion, de una persona que aun no se ha podido identificar. Se cree que haria lo menos tres dias que se hallaba debajo del agua.

Con este son ya tres los suicidios de la semana pasada.

—Y quién le ha dicho á ustedes que el cadáver estraído del estanque, era de un suicida? No podia ser de un hombre á quien otro, ú otros, hubieran asesinado?

—Tiene V. mil razones, respondo yo, pero eso no dejará de probarme que en Madrid se mata, y no poco.

Vuelvo á tomar mis tijeras y á cortar lo siguiente de los periódicos noticieros:

—El domingo hubo una gran riña entre varios sugetos, en la Carrera de San Jerónimo. Dos de ellos salieron heridos, y uno de ellos de mucha gravedad.

—El lunes un sugeto hirió gravemente á otro en la casa núm. 4, de la calle de las Peñas.

—El martes hubo una riña no recuerdo en qué calle.

—El miércoles, un soldado de artillería se atrevió á dar una bofetada á su jefe, el cual se vió precisado á matarle provisionalmente.

—El jueves...

Pero... no continuemos, la estadística criminal ha aumentado de tal modo, que casi no se nota la falta de las epidemias.

Oh, semana fatal, inconcebible, y nunca bastante odiada! yo te maldigo, y me quedo corto.

El Teatro Real, lectoras mias, es uno de los coliseos que mas atenciones deben al público, uno de los teatros donde con mas agrado puede uno pasar la noche: y sin embargo, nada de esto sucede, porque las obras que allí son puestas en escena, son poquitas y malas: los cantantes muchos, pero detestables, y la empresa muy *rumbosa*, pero nada activa.

¿Qué sabe V. del Teatro Real? Le preguntan á uno sus amigos por do quier que le encuentran.

Todas mis noticias se reducen á esta, que copio de todos los periódicos aficionados de la empresa:

«El Sr. Caballero del Saz está de vuelta en Madrid.»

Sea enhorabuena y dígame V. que me alegro mucho.

Eusebio Blasco.

ESPLICACION Y APLICACION DEL

FIGURIN.

FIG. 1.^a *Traje de visita*.—Vestido de grós de París, color castaña, guarnecido en el bajo de la falda, que forma mucha cola, por *patas* de terciopelo de color marron mas subido: dichas *patas* están colocadas una en la costura de cada paño, y orilladas en el lado derecho por un encage negro: además, están adornadas cada una por siete botones de platina.

Paletot de felpa de seda gris; el adorno, que es tan nuevo como elegante, consiste en grandes rosetas de raso negro, sujetas en el centro por un boton grande de platina: de cada una de estas rosetas salen cordones grises como el paletot, que terminan en bellotas de pasamaneria: este delicado y gracioso ornamento señala los bolsillos, las hombreras, y va colocado, por detras y en las costuras.

Cuello y puños de tela lisa.

Sombrero de terciopelo negro adornado de entredoses de guipure blanco, y de una flor de terciopelo grana con hojas de terciopelo verde: bridas de glasé blanco.

Guantes claros.

El traje, cuya descripcion acabamos de hacer, es apropiado para señora, ya sea jóven, ya de edad avanzada, por sus colores serios y su elegante sencillez: pero en el primer caso, nos parece mas propio de salidas de mañana que de paseo. La novedad del paletot es perfecta y en Paris empiezan ahora á confeccionarlos para las damas mas elegantes, sirviendo tambien para

alivio de luto si se lleva con vestido negro, ó gris.

FIG. 2.^a *Traje para recibir*.—Vestido de dos faldas: la primera es de glasé verde, y se halla adornada por una greca formada por galones de cachemira: la segunda, de glasé negro, orillada de un volantito doble puesto á tablas: esta segunda falda se halla recogida en la costura de cada paño por medio de tiras de glasé negro, adornadas cada una por cuatro galones de cachemira: las puntas de estas tiras se guarnecen con un fleco de cequies dorados.

Casaca turca, de glasé negro, ornada por galones de cachemira, y al borde con un fleco de cequies: esta casaca está abierta en el pecho y deja ver un chalequito de glasé verde, cerrado de alto á bajo con botones afiligranados.

Cuello y puños de tela de hilo, con una flor bordada en las puntas.

Prendido de encage negro y cinta verde que forma lazadas sobre la frente, sujetas por un broche de oro; otro brochecito recoge el encage al lado izquierdo; detrás, largas caidas de encage.

Pendientes grandes de oro con tres colgantes.

Este elegantísimo traje es propio para recibir de noche, y mas apropiado para una dama opulenta que para otra de modesta fortuna: los cequies—que deben ser de oro—las joyas del tocado y los ricos pendientes lo mismo que los botones del chaleco hacen subir su coste: nada podrá elegir mejor ni mas gracioso una señora de la aristocracia para una comida en su casa.

Tambien pueden usarle las señoras de menos fortuna, sustituyendo el oro con el acero, y suprimiendo el adorno de la cabeza, que no es preciso, llevando un peinado elegante y gracioso, para los cuáles hay en España un gusto particular, y que envidian mucho las extranjeras.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.



507

Imp. Mordon

La Gazette rose

1^{er} Août 1863.

Coiffettes de Bains de Mer.

Toilettes de la maison Gâgelin. — Chapeaux Volontaires d'Alexandrine. — Lingerie de la maison Leborène et Henneveu. — Ceinture Régente de M^{mes} de Vertus saurs. — Rubans et passementerie de la Glaneuse. — Mouchoirs de Chaproh. — Bijoux artistiques de Marc Gueyton. — Chaussures de Dufossée Melnotte. — Parfums et savons de toilette de la maison Violet fournisseur de l'Impératrice Eugénie.

Ai Boulevard Montmartre à l'Entresol.
Ayuntamiento de Madrid